

Pequeña defensa de la intención autoral, por un antiguo escéptico sobre la cuestión¹

Franc Schuerewegen

Universidad de Anvers

En realidad, cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo.
(Proust, *Le Temps retrouvé*)

¡Encuentro, al fin, un lector que *adivina* que mi libro es una obra dogmática y en construcción! (Proust, carta a Jacques Rivière, 6 de febrero de 1914)

¿Para qué sirve la explicación de textos? Lanson responde, en un estudio aparecido en 1925, que de lo que se trata es de aprender a leer. Un analfabetismo agobiante, sostiene Lanson, existe incluso en ambientes cultivados, entre personas alfabetizadas: “¿Cuánta gente hay capaz de leer con atención incluso un artículo de periódico, un aviso municipal o un suceso, que pueda repetir exactamente su contenido, explicar el sentido sin alterarlo, sin añadir ni sacar?” (38). Prosigue: “El hecho que funda y justifica el ejercicio de la explicación, es que la mayor parte de los adultos no sabe leer”. Se advertirá, pues la cosa tiene su importancia para lo que sigue, que, para Lanson, *leer con atención* es *explicar el sentido sin alterarlo*. No se añadirá nada al texto leído, tampoco se le suprimirá nada, se abordará el texto *tal cual es*. Semejante operación no es de ningún modo simple, advierte. Cuando se trata con textos literarios –aquellos que se presentan “colmados de sustancia y ricos en matices, donde las intenciones se cruzan y se superponen” (39)–, la cuestión de la objetividad se convierte en un verdadero rompecabezas: “Hay demasiada gente acostumbrada a leer velozmente, como se lee un periódico o una novela, a recorrer más que a leer”. Leer de verdad, leer atentamente es mostrarse “capaz de encontrar en una página o en la obra de un escritor *lo que allí hay, todo lo que hay y nada más que lo que hay*” (41). Lanson insiste en este punto, el sentido se encuentra en el texto y es allí por lo tanto donde

¹ Traducción de Vicenç Tuset.

hay que ir a encontrarlo: “Lo postulado, evidentemente, es que los textos tienen un sentido en sí mismos, independientemente de nuestros espíritus y sensibilidades, independientemente de nosotros, que leemos. Creo que aun quienes más cuestionan el valor de la explicación de los textos, en ningún caso lo niegan” (40-41). Pero entonces, súbitamente, se abre una fisura en el dispositivo. Sin duda, el “postulado” es el que es. Y sin embargo, ¿es realmente cierto que los textos tienen un sentido definitivo e inmutable? Lanson añade una nota a pie de página. Confiesa allí que, desde cierto momento, su posición sobre este punto se ha vuelto vacilante:

Lo he creído así durante mucho tiempo. Hoy estoy menos seguro. Un espíritu ganado por la fina psicología de Marcel Proust, y por la metafísica que se encuentra implicada en ella, sostendría sin duda que el yo y el no-yo se encuentran mezclados inseparablemente en nuestras percepciones y nuestro conocimiento, que si existe una realidad exterior, esta no se nos revela más que por reacciones que no son jamás las mismas en el mismo instante para dos hombres distintos; ni para un mismo hombre en dos momentos diferentes, que nos resulta imposible elegir entre las veinte imágenes de una persona que la vida ha metido en nosotros, que no hay una que sea la única verdadera ni la más verdadera, o que todas son igualmente verdaderas, sin que podamos distinguir lo que pertenece al objeto percibido y lo que pertenece al sujeto sensitivo. (41)

La continuación de la nota sube aún otro peldaño en la escalera de su escepticismo:

En el ejercicio literario, eso conduciría a pensar que es vano buscar un sentido para los *Essais* o para las *Pensées*, y que no se puede más que constatar, sin jamás rebatirlos, el sentido que les da el sr. X y el sentido que les da el sr. Y. Jamás se alcanzaría el libro, sino siempre un espíritu que rige el libro y se mezcla con él, el nuestro o el de otro lector. Faltaría aún que se pudiera hacer el recuento y clasificación de las impresiones subjetivas, y ver si quizás se desprendería de ello un elemento permanente y común de interpretación, que podría explicarse por una propiedad real de la obra, determinando de una forma más menos constante una modificación más o menos idéntica de los espíritus. (42)

El sentido que le da el sr. X no es el sentido que le da el sr. Y. Lanson, en suma, vuelve sobre sus pasos y pone en duda que, por el método de la explicación de los textos, se puede llegar a detectar, en los textos que a uno le interesan, “un elemento permanente y común de interpretación”. El autor de la nota tiene sus dudas, y también sus certidumbres. Si bien debe tenerse en cuenta una cierta forma de subjetivismo, no por eso debe aceptarse la

muerte de la objetividad, añade Lanson. Se podrá, por ejemplo, a partir de una serie de “impresiones subjetivas”, tratar de remontarse a un “elemento común”. Tampoco se olvidará que el texto ha sido escrito por un *autor* que, al escribir lo que ha escrito, ha querido decir algo:

Faltaría también que se pudiera buscar, por lo menos, lo que el libro significaba para su autor, sin negar que haya podido significar una infinidad de otras cosas para generaciones de lectores, y que aún podrá significar otra cosa para mí. Y tal vez no sería exagerado pensar que el sentido del autor es de todos modos un sentido privilegiado, al cual puedo prestarle una atención particular. Y he aquí nuestra aplicación de nuevo justificada. Una concepción relativista de los textos es perfectamente posible. (42)

Cité a Lanson un poco extensamente; había que ser exhaustivos, se me excusará. El fragmento es denso, tal vez sea útil, antes de ir más lejos, retomar uno por uno, de manera sistemática, los diferentes puntos abordados en él. Al principio, entonces, fue la duda. *Lo creí durante mucho tiempo, ahora ya no*. De una posición que puede llamarse positivista, Lanson bascula hacia un cierto relativismo, de tipo “proustiano”, si se quiere. Lanson ha leído a Proust y lo que ha leído en Proust le ha hecho reflexionar. Lo dice. Lo admite. La alusión a Proust conduce, a continuación, a algo que es asimismo una reflexión sobre el método. Abordamos, en este momento, el segundo punto. La meta del ejercicio de explicación de los textos tal vez no sea, a pesar de lo que se ha dicho, el acceso al sentido “verdadero” del texto, pues el sentido es también y siempre, parcial, efímero y volátil. El ejercicio de explicación deberá interesarse por la interacción entre el texto y el lector. Para nosotros, Lanson es aquí un precursor de las actuales teorías de la lectura. El sentido no es un producto sino un proceso. El lector *reacciona al libro* y lo que debe analizarse es la relación entre libro y lector. Teoría del efecto estético. *Wirkung*. Véanse, entre otros, los trabajos de un Wolfgang Iser. Lanson añade después un tercer punto. Ya que el objeto de análisis es ahora el encuentro entre texto y lector, ya que nos las vemos con un proceso, podrán detectarse e inventariarse las invariantes. Se llegará quizás, por ese medio, a alcanzar a pesar de todo ciertas “propiedades reales” de la obra. Una forma de objetividad es posible. Los textos existen, o mejor, *algo existe en los textos* “[que determina] de una forma más menos constante una modificación más o menos idéntica de los espíritus”. Por último se señala un cuarto punto de importancia. El estudio de la interacción entre el texto y el lector

no es en absoluto incompatible, escribe Lanson, con la que sería otra forma del análisis mediante la cual intentamos remontarnos, a través del ejercicio de explicación de los textos, a la persona del autor y a las intenciones que el autor tuvo al escribir su obra: “El sentido del autor es de todos modos un sentido privilegiado, al cual puedo prestarle una atención particular”. Lanson, aquí, rinde homenaje a lo que la escolástica medieval, y siguiendo a esta, Umberto Eco han denominado la *intentio auctoris*.

*

Cuando Lanson afirma querer privilegiar el sentido del autor, se tiene de entrada, es verdad, la impresión de estar asistiendo a una retractación o a un retorno a la posición inicial. Se abandona el relativismo, se regresa de cierta forma al postulado de partida. De todos modos, tratemos de observarlo mejor. En realidad, cuando Lanson introduce el sentido del autor, estamos asistiendo a un momento de síntesis, a una *Aufhebung*, en el sentido hegeliano, diría yo sin reparos. Lanson ha abordado sucesivamente cuatro puntos, pero también ha construido un razonamiento en tres tiempos. Se enuncia un problema, se propone una solución. Recapitemos entonces. El autor de la nota afirma, en este orden: 1/ *que durante largo tiempo creyó que los textos tenían un solo sentido, y que ha cambiado de opinión sobre la cuestión*, 2/ *que el sentido resulta de un encuentro entre el texto y el lector pero que eso no impide que, por el método de la explicación de los textos, pueda llegarse a “alcanzar” el sentido de un texto*; 3/ *que el sentido de un texto es el que le ha dado su autor, y que es ese el sentido que el análisis debe privilegiar*. Bien, lo que debe retenerse aquí es que para Lanson no hay contradicción entre, de un lado, el hecho de defender “una concepción relativista de los textos” y, de otra parte, la afirmación según la cual la intención del autor es un punto de referencia necesario para el análisis, que no sabría prescindir de él. Todavía más precisamente, Lanson no dice: *el sentido del texto es el que ha querido darle el autor pero la regla admite sus excepciones y eso está muy bien*. Esa sería la posición de un Valéry: “No hay sentido verdadero de un texto”. Lanson dice exactamente lo contrario: *desde el momento en que uno elige adoptar una posición relativista en lo que concierne a la explicación de los textos, es lógicamente conducido a prestar una atención particular al sentido del autor*. En otras palabras, para Lanson el relativismo no se opone al intencionalismo,

el relativismo tiene por consecuencia un intencionalismo con el que puede muy bien cohabitar.

*

Antoine Compagnon ha consagrado un capítulo importante a Lanson en *La Troisième République des lettres*. Quiero recordar el subtítulo de la obra: *De Flaubert à Proust*. El subtítulo indica una trayectoria, menciona un *terminus a quo*: Flaubert, y un *terminus ad quem*: Proust. El objetivo de Antoine Compagnon en su libro es contar “la historia de la historia literaria” (8). Puede hablarse de una estrategia de *storytelling* asumida asimismo como tal por el autor. Tras algunas peregrinaciones, tras algunos extravíos, ¿se ha llegado, para el investigador interesado en la historia de los estudios literarios en Francia, y en la historia de su “institución”, al momento Proust? ¿Por qué Proust y su obra son un marcador de la modernidad dentro de esta misma historia? Antoine Compagnon escribe en el “Avant-propos”: “De Flaubert a Proust: muestra la ruptura en el acercamiento a la literatura que precedió a la que se produjo en los años 60 y con la *nouvelle critique*” (15). En suma, con Proust, según Antoine Compagnon, todo cambia. Para el literato, para el estudio de las letras, un mundo nuevo se halla en emergencia. Y así, en el recorrido que conduce de Flaubert a Proust, en el que se asiste al nacimiento de una crítica “nueva”, que será la crítica de la segunda mitad del siglo veinte, Lanson representa, para Antoine Compagnon, una alto necesario. El *storytelling*, lo que podría denominarse así, se precisa en ese momento. Lanson, por el método que preconiza, por su positivismo, pertenece a un mundo que no es todavía el nuestro, Lanson es un dinosaurio. De todos modos, ocurrió que Lanson, tardíamente, se cruzó con Proust en su camino. El encuentro tuvo lugar, muy exactamente, en 1925, y dejó sus marcas. Reencontramos entonces, en el libro de Antoine Compagnon, el estudio publicado en *Études françaises*, con su nota a pie de página.

El pasaje en cuestión aparece al final del apartado dedicado a “Gustave Lanson, l’homme et l’œuvre”. Nos encontramos en el momento del balance y las precisiones finales: “Así sea un poco”, escribe Antoine Compagnon, “debe salvarse a Lanson del lansonismo”. Se señala entonces la “larga nota de arrepentimiento” añadida al artículo publicado en París y destinado a los profesores de francés en América. ¿Es cierto de veras que en literatura

todo se explica mediante “una idea de causalidad simple entre el hombre y la obra”? Desde luego que existe una vulgata lansoniana, afirma Antoine Compagnon, pero las cosas merecen ser matizadas: “En 1925, Lanson ha perdido esa bella certeza” (211). El inventor del método de explicación de los textos ha cambiado de opinión: “¿Que es lo que conduce, lo que súbitamente compele a Lanson a poner en cuestión, después de setenta años y en el atardecer de su vida, la verdad positivista, el dogma determinista y la mentalidad intelectualista que fundamentaron todo su accionar, sin que nada, ni en filosofía, ni en literatura –de Bergson a Freud, de Rimbaud a Mallarmé–, los haya empañado a sus ojos? ¿Qué provoca una concepción del texto y de la lectura totalmente distinta, sin duda aún en condicional pero no por ello menos verdaderamente relativista, plural, abierta? (211). Puede responderse a la pregunta que plantea Antoine Compagnon remediando un famoso verso de Boileau. *Al fin llegó Proust*: “Es Proust, es la idea proustiana de la lectura lo que sacude a Lanson, es Proust, cuyas notas a pie de página, en sus traducciones de Ruskin, son ellas mismas parodias de la investigación erudita de fuentes: señalan impresiones privadas, asociaciones accidentales, cercanías azarosas, sin ninguna voluntad de agotamiento”. Más lejos, bajo la misma pluma: “Solo la obra de Proust estaba a la altura de comprometer al lansonismo”. Y más aún: “He aquí el único adversario al que Lanson juzgó alguna vez a su altura” (211).

Esto de acuerdo con la primera parte del análisis. Lanson fue “sacudido”, la nota al pie de 1925 remite a algo semejante a una crisis de conciencia en un positivista a un paso de cambiar de bando. Dudaría más sobre lo que sigue, donde se comentan el final de la nota y la reflexión que Lanson dedica a la persona del autor. Antoine Compagnon ironiza: “Pero Lanson no cederá por mucho tiempo al escepticismo, al solipsismo. Sacrifica noblemente por Proust el sentido común a todos los lectores, el sentido universal de la literatura, para salvaguardar al menos un avatar del absoluto: el sentido del autor, quien sí sabía lo que quería decir”. Se cita entonces el pasaje que se ha podido leer más arriba. Lanson escribe: *el sentido del autor es de todos modos un sentido privilegiado*, etc. A lo que Antoine Compagnon, con ironía, añade: “¡Uf! La historia literaria se ha salvado por muy poco, y con tanta determinación que ha debido renunciar al sentido del lector para guardar para sí el sentido del autor” (212). Se habrá notado el «¡Uf!». Antoine Compagnon, en suma, acusa a Lanson de desandar lo andado. Íbamos por

el buen camino, es decir, por el camino proustiano. Pero el autor de la nota de 1925 advierte asimismo que, por las reflexiones que formula, por la especie de coqueteo que entabla con el relativismo, se encuentra de hecho en vías de socavar los fundamentos mismos de su propia empresa de historiador de la literatura. Elige entonces dar media vuelta, dejar a Proust para los proustianos y regresar a los viejos y buenos presupuestos de antaño, que de todos modos no iba a abandonar por tan poca cosa.

En eso no estoy tan de acuerdo. No creo que Lanson desande lo andado. Sostendría en cambio que el antiguo profesor de retórica que se dirige a nosotros ha sabido construir un razonamiento un poco sofisticado por el que se demuestra el carácter inseparable de dos proposiciones contradictorias. El argumento, por lo tanto, es dialéctico. Tesis: los textos tienen un sentido estable al que no se le puede cambiar nada. Antítesis: cuando leo un texto hago con él más o menos lo que quiero. Síntesis: cuando leo un texto y me propongo explicarlo, aun cuando al leer no se distingue siempre bien entre *lo que pertenece al objeto percibido* y *lo que pertenece al sujeto sensitivo*, realizo, en todos los casos, una hipótesis sobre la persona del autor. Imagino al autor trabajando, arriesgo conjeturas sobre lo que ha querido decir y hacer. A eso Lanson lo llama *privilegiar el sentido del autor*, pero si se acepta que abordamos aquí el tercer tiempo del razonamiento, el tiempo de la *Aufhebung*, cuando la contradicción se disuelve, el punto de llegada es evidentemente distinto al de partida. ¿El sentido del autor es “absoluto”? Me parece que tratamos aquí más bien con un sentido *reconstituido*, dicho de otro modo, aquello que podría denominarse un sentido *posible*. Para Lanson, en 1925, se puede muy bien ser relativista en el dominio de la interpretación literaria, es decir, afirmar que el texto es *cosa mía*, admitiendo al mismo tiempo que el texto *es también cosa del autor*, quien resulta entonces un interlocutor indispensable para el lector. Pero en este asunto trataremos de ser aún más precisos.

*

Lanson ocupa un lugar de honor para Michel Charles en un capítulo de *L'Arbre et la source*. Michel Charles escribe: “Lanson es el retorno al texto”. Más adelante: “Lanson ha cristalizado e institucionalizado un vasto movimiento de retorno al texto –es decir, de asunción del texto– y puesto

a punto un dispositivo potente y terriblemente eficaz para impedir que el texto produzca texto”. Y aún más adelante: “Como un verdadero profesional, Lanson ha establecido una escolástica sana y segura” (253). Como el asunto tratado es la explicación de textos, Michel Charles se ve impelido a decir algunas palabras sobre el artículo aparecido en *Études françaises* y sobre la nota añadida por Lanson. “Varios puntos, nos explica, deben señalarse en este remarcable desarrollo” (258). Establezco la lista de cuestiones a retener.

Se trata, en primer lugar y una vez más, de situarse en relación a Proust: “No es por azar, en efecto, que Proust intervenga en un cuestionamiento sobre el sentido del texto, más precisamente sobre el problema de la interacción entre un sentido original y el o los sentidos importados por el lector. La precariedad del texto moderno es evidentemente un elemento perturbador para un desarrollo positivo” (258). Proust, escribe Michel Charles, *perturba*. Proust desbarata la máquina positivista. Si bien no se cita a Antoine Compagnon en *L'Arbre et la source*, el cuadro de lectura es, por el momento, poco más o menos el mismo que prepara el autor de *La Troisième République des lettres*. Existe una “objeción Proust”, el término es de Michel Charles. Lanson trata de responder a la “objeción Proust”. No lo logra más que muy difícilmente y aquí se lo reprochan. Michel Charles se muestra severo igualmente por lo que concierne a otro elemento. Lanson, en la nota del artículo de *Études françaises*, sugiere comparar entre sí, para el texto a analizar, varias interpretaciones diferentes en busca del punto común. Para Michel Charles procediendo de este modo no se va muy lejos, es solo un señuelo: “Hay que entender bien que este procedimiento es rigurosamente imposible, ya que no es posible totalizar las lecturas concebibles, sino, como mucho, acumular las lecturas pasadas” (258). La comparación, en otras palabras, es insuficiente, nos informa sobre el pasado de una obra, no sobre su porvenir. Michel Charles no cree en la eficacia de una lógica deductiva para el dominio de la interpretación. Y después de esto llegamos a la delicada y embarazosa cuestión de la *intentio auctoris*: “Finalmente, queda solo privilegiar el sentido querido por el autor –cosa que *a priori*, no es en ningún caso ridícula– pero, en este caso, volvemos a la distinción entre sentido querido y sentido efectivo, y eso, en los términos en que se plantea, es inútil” (258). El veredicto, ya se ve, es brutal. La distinción entre sentido querido y sentido efectivo es inútil. Peor es que no se hará tal cosa, más exactamente: no se

hará tal cosa *de este modo*. Para Antoine Compagnon, cuando Lanson nos devuelve al sentido del autor, en cierto modo es presa del pánico, se ve en el extremo, como el santo en el desierto, de sucumbir a la tentación relativista y da marcha atrás. El análisis de Michel Charles termina también bochando a Lanson: “No se pueden yuxtaponer, como lo hace Lanson, las dos proposiciones siguientes: 1. hay un sentido real para la obra, punto de fuga o morada de los distintos sentidos atribuidos a un texto; 2. el sentido querido por el autor es privilegiado. No hay ninguna razón para subordinar el primer sentido al segundo” (258).

Noto que el autor de *L'Arbre et la source* se permite también, en este momento, una pizca de ironía, y se dirige directamente y de una forma un tanto familiar, al autor de “Quelques mots sur l'explication de textes”: “Esto sería, querido Lanson, borrar el ser histórico de la literatura. La objeción Proust le fuerza a dar dos respuestas que son incompatibles”. No sé si es legítimo, desde el punto de vista de la argumentación, si se quiere del “estilo”, considerar el “querido Lanson” de Michel Charles como un equivalente, en el registro cómico o irónico, del “¡Uf!” de Antoine Compagnon. La conexión puede hacerse a pesar de todo. Se aprecia, tanto en el comentarista de 1983 como en el de 1985, un cierto humorismo, una ironía, al constatar que Lanson se turba, fuertemente, en el momento en que se encuentra con Proust y su obra. La razón de ello es que para Michel Charles el autor de la *Recherche du temps perdu* es un moderno y el positivismo lansoniano se lleva mal con “el texto moderno”; para Antoine Compagnon –pero supongo que esto viene a ser lo mismo–, la razón es que Proust, por la concepción que tiene de la lectura, anuncia a la “nouvelle critique”, que ha gozado del éxito que todos conocemos durante la segunda mitad del siglo veinte y que ha querido terminar, justamente, con la herencia lansoniana.

*

El marcador, por el momento, está cero a uno. El subjetivismo proustiano es una mejor opción para la crítica literaria que el positivismo lansoniano. El historiador de la literatura que es Antoine Compagnon y el teórico literario que es Michel Charles parecen coincidir ambos en este punto. ¿Convendrá entonces, ya que se ha observado el arribo, a partir de los años sesenta, de una crítica “nueva” que proclama alto y claro la muerte del autor,

y que tan alegremente ha pisoteado su cadáver, guardar de forma definitiva e irreversible el método lansoniano en el estante de las antiguallas? Tal vez puedan verse las cosas de otro modo y con más serenidad.

Vuelvo a Michel Charles y a la observación incidental que hace el autor de *L'Arbre et la source* cuando constata que no sabemos muy bien lo que es un sentido *querido*: “Privilegiar el sentido del autor, escribe Michel Charles, *a priori*, evidentemente, no tiene nada de ridículo”. Se advierte el *a priori*, y el adverbio *evidentemente*. El camino de la intención autoral no está completamente cortado, se nos ha dejado un pasaje. ¡Uf! Desde luego que el intencionalismo no es la solución que Michel Charles desea en primer lugar. Pero privilegiar el sentido del autor, cuando eso es posible, no es ni ridículo ni ilegítimo. En algunos casos por lo menos, escribe Michel Charles, puede ser pertinente explicar el texto desde ese punto de vista. Pero entonces, ¿que casos serían esos?

Para responder a esta pregunta se consultará el dossier que publicó Michel Charles en el número 96 de la revista *Poétique* bajo el título “Amateurs, savants et professeurs” y que reúne dos textos aparecidos en abril de 1911 en la *Revue du Mois*. El primero es de Charles Salomon, profesor de liceo para quien “el método de la historia literaria matará el sentido y el gusto por las cosas bellas en las letras” (501). El segundo es de Lanson, y lleva por título “Réponse aux réflexions de M. Ch. Salomon”. No nos demoraremos en los argumentos, bastante previsibles y por consiguiente poco convincentes, que avanza el “lector”² que quiere ser Charles Salomon. En cambio, el artículo de Lanson, que responde vigorosamente a su contradictor, que no le “ahorra nada” (Michel Charles), tiene la mayor importancia para nosotros. Reencontramos en él la cuestión del autor, y del rol que conviene darle –al autor, a su presencia, a sus ausencias– cuando leemos un texto. Anoto, para la anécdota, que cuando responde a Charles Salomon, también Lanson se permite *ya* interpelar irónicamente, por intermedio de una familiaridad burlona, a su interlocutor:

Si deseamos respetar el verdadero destino de las obras literarias, tal vez yo tenga que quemar mi fichero, pero ciertamente, *mi querido Salomon*, tendrá también usted

² N. del T.: Recuperando la terminología del propio Charles Salomon, Schuerewegen emplea aquí la palabra “liseur”, algo más arcaica que su sinónimo habitual, “lecteur”, y con un cierto matiz de intensidad.

que cerrar su clase ese mismo día, y deberá contentarse con pasar por hombre de gusto en los salones, para las damas. (507, el subrayado es mío)

El “mi querido Salomon” en la pluma de Lanson anuncia de una cierta manera el “querido Lanson” que se leerá en *L'Arbre et la source*. No sé si puede hablarse de un efecto de mimetismo. Charles Salomon es a Lanson lo que Lanson es a Michel Charles. El “¡Uf!” de Antoine Compagnon pertenece al mismo registro irónico. Entramos en un ciclo, en una serie. Pero pasemos a las cosas serias. Para Charles Salomon, la historia literaria es un método “artificial”. Lanson, en su respuesta, lo acepta, pero para mejor hundir a Salomon:

El primer hombre que, tras escuchar o leer un poema, quiso saber el nombre de su autor, separó de ese modo a la literatura de su función natural: en su pregunta se encontraban, en germen, todos los análisis de la crítica y de la historia literarias. Cumplía el primer gesto *profesional*. Lo artificial, es lo profesional. (506)

Recuerdo también el comentario de Michel Charles:

En el centro del programa tal como se lo reformula en la respuesta a Salomon, se encontrará también la cuestión del autor. Una de las virtudes de la polémica es hacérselo decir a Lanson. Y encontraremos ahí, en efecto, una de las observaciones más impactantes de su respuesta. (497)

La “observación impactante” es la que hace Lanson al definir el proceder profesional como un proceder *artificial*. Michel Charles añade:

Habría mucho por decir sobre este punto, por lo menos esto: que la pregunta “¿Quién ha escrito esto?” es asimismo la más “natural” y la menos “artificial” que formula el lector más crédulo y menos profesional, el lector curioso y deseoso de saber más, y que la “vida del autor” puede muy bien ser una suerte de prolongación novelesca del libro, muy lejos de toda reflexión rigurosa y calculada. (497)

Habría mucho por decir sobre este punto. En otras palabras, existen casos en los que es posible movilizar el sentido del autor sin error de método y con provecho. ¿Qué casos serían esos? Michel Charles cita aquí como ejemplo “[a]l lector más crédulo y menos profesional”, que, al leer, desea “saber más”, que busca en el libro que tiene bajo sus ojos una “prolongación” de

carácter “novelesco”. De este comportamiento “natural” y a su modo revelador, puede extraerse, en efecto, otra lección. Cuando leo, y aun cuando no sé demasiado sobre el autor que leo –el fenómeno se produce quizás y en principio en casos de este tipo–, desarrollo, en cierto modo espontáneo, una *novela del autor*, y para eso no es necesario que lo que yo tenga entre mis manos sea una “verdadera” novela. Al leer, *fantaseo* con el autor, igual que fantaseo, de la misma forma o casi, sobre la historia que cuenta el libro, y sobre los personajes, si es que el libro cuenta una historia y tiene personajes. Mi ensueño, mi proceder fantasioso, me proporciona un punto de apoyo al leer, una base. *Reconozco un texto como texto porque le atribuyo un autor.*

Y muy bien puede volverse aquí sobre el final de la nota del artículo aparecido en *Études françaises* y sobre cómo todo esto viene a complementar el método de explicación de los textos. El lector no profesional tiene un comportamiento que sin duda también existe en su homólogo profesional, en el crítico, en el historiador de la literatura, si bien estos últimos tienden a rechazarlo, a reprimirlo. Se equivocan, descubrimos. Relativismo e intencionalismo, a condición de que se definan bien las articulaciones, pueden ir de la mano. *La intentio auctoris* es algo propio de la lectura. El lector, sostiene Lanson, construye al leer el texto del autor. Podrá decirse también que, al leer, el lector resucita al autor, y que tiene varios medios para hacerlo. “Y he aquí nuestra aplicación de nuevo justificada”, concluye Lanson, con un cierto sentimiento de satisfacción contra el que no vamos a protestar.

*

Añado aquí, a modo de epílogo: El libro de Stanley Fish, tardíamente traducido al francés como *Quand lire, c'est faire*, ha hecho correr ya mucha tinta en medios académicos y fuera de ellos. Recuerdo aquí que para el autor de *Is There a Text in This Class?* (1981) el texto es el producto del análisis y que se puede muy bien prescindir de leer sobre la persona del autor. Es famosa la anécdota de la lista de nombres propios milagrosamente transformados en “poema religioso del siglo diecisiete” gracias a los esfuerzos de un enseñante entusiasta y unos alumnos motivados: “La interpretación, escribe Fish, no es el arte de analizar (*construing*) sino el de construir (*constructing*). Los intérpretes no descodifican los poemas: los hacen (*they make*

them)” (62).³ Ahora bien, en 2007 el propio Fish añade un “Postface” a la traducción de su libro, en el que se propone hacernos saber que, sobre ciertos puntos, su pensamiento ha evolucionado. Recuérdese a Lanson: *Lo creí durante mucho tiempo, hoy estoy menos seguro*. Asistimos en Fish a un retorno del autor. El autor del “Postface” escribe: “Finalmente he decidido que ‘La intención del autor’ es la única candidata posible al estatus de fuente de la significación”. Añade:

No es una mera estipulación, es la conclusión de un razonamiento racional. El razonamiento comienza con una simple proposición: si la interpretación es una actividad seria, tiene que tener un objeto independiente y anterior a los esfuerzos de los intérpretes por especificarlo; y eso solo ocurre si existe un objeto tal que de sus interpretaciones pueda decirse que son verdaderas o falsas en relación a algo. (134)

“El objeto que acota”, prosigue Fish, no puede ser el texto, ya que “las palabras son notoriamente inestables y apuntan hacia direcciones demasiado numerosas”. Tampoco puede tratarse, añade, de la “comunidad interpretativa” (*interpretive community*) pues “si se identifica la significación con las respuestas de los lectores, habrá tantas significaciones como lectores, y la interpretación se convierte así en un juego desprovisto de reglas”. Queda entonces un solo candidato en liza. El elemento estable para la interpretación, el punto de referencia que esta requiere, es la *intentio auctoris*:

El intencionalismo no es una metodología, es solo la respuesta adecuada a una vieja pregunta: “¿Cuál es la significación de un texto?” Pero contar con la respuesta adecuada no significa tener la clave del éxito de la interpretación; en realidad, no tiene absolutamente ningún efecto sobre la interpretación. Saber que un texto significa lo que su autor ha querido no dice cómo determinar esa intención. Ni siquiera dice quién es o qué es el autor; especificar la intención y la identidad de quien tiene la intención son actos empíricos y son asimismo actos que llevamos a cabo diariamente. (135)

Hagamos una escena de novela a nuestro modo. Imagino que Lanson está ahora presente y que se encuentra leyendo el “Postface” de Stanley Fish

³ A propósito de Fish, me permito remitir a mi libro *Introduction à la méthode posttextuelle. L'exemple proustien*, París, Classiques Garnier, 2012, p. 14 y ss.

en su despacho de la Sorbonne. Lanson está contento, una sonrisa se dibuja en su rostro. Asistimos a un gran momento de amistad franco-americana. *Este hombre me ha comprendido*, pronuncia Lanson, *ha comprendido, contrariamente a ciertos otros, que cuando añado la nota al pie, mi pensamiento es dialéctico y pragmático; cuando escribo que admito el relativismo pero que el sentido del autor merece para mí, de todos modos, una atención particular, no estoy dando marcha atrás, tengo los pies en el suelo, mi razonamiento es consecuente*. Lanson prosigue en estos términos: *Puedo sostener a la vez y sin contradicción que los textos tienen un sentido estable y que el sentido estable no existe. Una cosa no excluye a la otra. Fish tiene razón: mi proceder, cuando al leer pienso en el autor y remito a una intención autoral, es empírico, no puede extraerse de él ninguna conclusión general. En resumen, mi actitud consiste en quemar todos los cartuchos. En pocas palabras, salgo del apuro como puedo*. Por lo que concierne a la continuación de este episodio, estamos menos informados. Al parecer Lanson, tras haberse expresado así, comienza una larga carta dirigida a *M. Fish, professeur en Amérique* en la que lo participa de su entusiasmo. Pero la carta no se ha encontrado jamás. Algo me dice que el autor de *Is There A Text in this Class?* la guarda celosamente entre sus archivos y que algún día será publicada. Me pondré de nuevo en contacto con usted, amable lectora, cuando sepa un poco más.

Bibliografía

- Charles, M. *L'Arbre et la source*. París: Le Seuil, 1985.
- . "Charles Salomon, Gustave Lanson. Amateurs, savants et professeurs". *Poétique*. N° 96 (1993): 497-507.
- Compagnon, A. *La Troisième République des lettres. De Flaubert à Proust*. París: Le Seuil, 1983.
- Fish, S. *Quand lire, c'est faire. L'autorité des communautés interprétatives*. París: Les Prairies ordinaires, coll. "Penser/croiser", 2007. Trad. de Etienne Dobenesque.
- Lanson, G. "Quelques mots sur l'explication de textes". *Etudes françaises. Premier Cahier*. París: Les Belles Lettres, 1925.